

# EL GENERAL EN JEFE

*De los Ejércitos de los Estados-Unidos de America,*

**A LA NACION MEGICANA!**

MÉGICANOS: Los últimos sucesos de la guerra y las providencias que en consecuencia ha dictado vuestro gobierno, me ponen en el deber de dirigirme á vosotros para demostraros verdades que ignorais, porque os las ocultan maliciosamente. No quiero que me creais por mis palabras, aunque tiene derecho para que lo crean el que jamas ha faltado á ella, sino que juzgueis de estas verdades, por los hechos que están á la vista y á la calificación de todos vosotros.

Cualquiera que fuera el origen de esta guerra que mi nacion se vió obligada á emprender por causas imprescindibles, que entiendo desconoce la mayor parte de la nacion megicana, lo consideramos como una fatalidad, porque siempre lo es una guerra para las dos partes beligerantes, y la razon y la justicia se ponen en duda, si no se desconocen enteramente por ambos lados, creyendo cada cual que él las tiene.—La prueba de esta verdad la teneis los megicanos lo mismo que nosotros; pues en Méjico, así como en los Estados-Unidos, existieron y existen dos partidos opuestos, que desean la paz el uno y la guerra el otro. Pero los gobiernos tienen deberes sagrados de los que no pueden prescindir, y muchas veces estos deberes imponen por conveniencias nacionales un silencio y una reserva que algunas veces desagradan á la mayoría de los que hacen la oposicion por miras puramente personales ó particulares, y que no deben considerar los gobiernos, suponiendo que la nacion tiene en ellos la confianza que merece un magistrado que ella misma eligió.

Razones de alta política y de interes continental americano comprometieron los sucesos apesar de la circunspeccion del gabinete de Washington, que deseando ardientemente poner un término á todas sus diferencias con Méjico, no perdonó recursos de cuantos fueron compatibles con su decoro y dignidad para llegar á tan deseado fin; y cuando alimentaba la mas lisonjera esperanza de obtener por medio de su franca explicacion y del razonamiento sometido al juicio y cordura del virtuoso y patriótico gobierno del general D. J. Herrera, la desgracia menos esperada hizo desaparecer aquella grata esperanza, y á la vez obstruyó todos los caminos que pudieran conducir á una transacion honrosa para las dos naciones. El nuevo gobierno desconoció los intereses nacionales así como los continentales americanos, y eligió ademas las influencias extrañas mas opuestas á estos intereses y mas funestas para el porvenir de la libertad megicana y del sistema republicano que los Estados-Unidos tienen un deber de conservar y proteger. El deber, el honor y el propio decoro nos puso en la necesidad de no perder un tiempo que violentaban los hombres del partido monárquico, porque era preciso no perder momento, y obramos con la actividad y decision necesarias en casos tan urgentes, para evitar así la complicacion de intereses que podrían hacer mas difícil y comprometida nuestra situacion.

De nuevo en el curso de la guerra civil fué derrocado vuestro gobierno del general Ruedas, y nosotros no pudimos menos que creer que esto seria un bien, porque cualquiera otro personal que representara al gobierno seria menos iluso, á la vez que mas patriota y mas prudente, si habia de atender al bien comun considerando y pesando todas las probabilidades, su fuerza, elementos, y sobre todo la opinion mas general respecto de resultados positivos de la guerra nacional. Nos equivocamos nosotros, como acaso se equivocaron los megicanos tambien, al juzgar de las intenciones verdaderas del general Santa-Anna, á quien ellos llamaron y nuestro gobierno permitió regresar.

En este estado, la nacion megicana ha visto cuales han sido los resultados que todos lamentan, y nosotros sinceramente, porque apreciamos como es debido el valor y la noble decision de los desgraciados que van al combate, mal conducidos, peor dirigidos, y casi siempre violentados por el engaño ó la perfidia.

Somos testigos, y como parte afectada no se nos tachará de parciales, cuando hemos lamentado con admiracion, que el heroico comportamiento de la guarnicion de Veracruz en la valiente defensa que hizo, fué infamado por el general que acaba de ser derrotado y puesto en vergonzosa fuga por un número muy inferior al de las fuerzas que mandaba en Buena-Vista: que este general premió á los pronunciados en Méjico, siendo promovedores de la guerra civil, y ultrajó á los que singularmente se acababan de distinguir resistiendo mas allá de lo que podia esperarse, con una decision admirable.

Por último, el sangriento suceso de Cerro-Gordo ha puesto en evidencia á la nacion megicana lo que razonablemente deberá esperar si por mas tiempo continúa desconociendo la verdadera situacion á que la han conducido algunos de sus generales á quienes mas ha distinguido y en los que mas ha confiado.

Dolor y lágrimas causarían al hombre de mas duro corazon contemplar los campos de batalla en Méjico un minuto despues del último tiro.

Los generales á quienes la nacion ha pagado por tantos años, sin que la sean útiles, con algunas honrosas escepciones, el dia que los ha necesitado, han servido de perjuicio con su mal ejemplo ó su impericia. Allí entre los muertos y los heridos no se ven pruebas de honor militar, porque estan casi reducidos á la triste suerte del soldado, y esta ha sido en todas ocasiones desde Palo Alto hasta Cerro-Gordo, quedar los muertos insepultos y los heridos abandonados á la clemencia y caridad del vencedor; y soldados que van á batirse con conocimiento de esperarles esta recompensa, bien merecian ser reconocidos por los mejores del mundo, porque no los estimula ni una gloria efimera, ni un suspiro, ni un recuerdo, y ni siquiera un sepulcro.

Pues bien, contemplad ahora megicanos honrados la suerte de los ciudadanos pacíficos y laboriosos en todas las clases de vuestra sociedad. Los bienes de la iglesia amenazados y presentados como aliciente para la revolucion y la anarquia; la fortuna de los ricos propietarios señalada para rapiña de los perversos; el comerciante y el artesano, el labrador y el fabricante agobiados de contribuciones, alcabalas, estancos, derechos de consumo, rodeado de guardas y empleados de las odiosas aduanas interiores. El literato y el legista, el hombre libre de saber que se atreve á hablar perseguido sin ser juzgado por algun partido ó por los mismos gobernantes que abusan del poder; los criminales sin castigo y puestos en libertad, como los que estaban en la fortaleza de Perote. ¿Cuál es pues, megicanos, la libertad de que gozais?

Yo no creo que los megicanos hijos del siglo presente les falte el valor para confesar errores que no les deshonoran y para adoptar un sistema de verdadera libertad, de paz y union con sus hermanos vecinos del Norte.

Tampoco puedo creer que ignoren la infamia con que nos ultrajan en los periódicos para concitar á la rebelion; no, el espíritu público no se crea ni se reanina con falsedades. Nosotros no hemos profanado vuestros templos, ni abusado de vuestras mugeres, ni ocupado vuestra propiedad, como os lo quieren hacer creer, y lo decimos con orgullo y lo acreditamos con vuestros mismos obispos y con los curas de Tampico, Tlaxcala, Matamoros, Monterey, Veracruz y Jalapa; con todos los religiosos y autoridades civiles y vecinos de los pueblos todos que hemos ocupado. Nosotros adoramos al mismo Dios, y una gran parte de nuestro ejército, así como de la poblacion de los Estados-Unidos, somos católicos como vosotros: castigamos el delito donde quiera que lo hallamos y premiamos al mérito y á la virtud.

El ejército de los Estados-Unidos respeta y respetará siempre la propiedad particular de toda clase, y la propiedad de la iglesia megicana; y desgraciado de aquel que así no lo hiciera donde nosotros estemos.

Megicanos, lo pasado no puede ya remediarse; pero lo futuro puede precaverse todavia: repetidas veces os he manifestado que el gobierno y pueblo de los Estados-Unidos desea la paz, desea vuestra sincera amistad. Abandonad pues rancias preocupaciones y dejad de ser el juguete de la ambicion particular y conducios como una nacion grande americana; dejad de una vez esos hábitos de colonos y sabed ser verdaderamente libres, verdaderamente republicanos, y muy pronto podéis ser muy ricos y muy felices, pues teneis todos los elementos para serlo, mas pensad que sois americanos y que no ha de venir de europa vuestra felicidad.

Deseo en conclusion manifestar, y con igual franqueza, que si necesario fuese vendria muy pronto un ejército de cien mil hombres, y que los Estados-Unidos no terminarian sus diferencias con Méjico, teniendo que hacerlo por las armas de un modo incierto, ni precario, y menos deshonoroso, y yo agravaria á la parte ilustrada de este pais si dudara que ellos conocen esta verdad.

La autorizacion para formar guerrillas que nos hostilicen, os aseguro no producirá sino males al pais y ningun mal á nuestro ejército que sabrá precaverse y proceder contra ellos; y si lejos de calmar los ánimos y las pasiones procurais irritarlas nos pondreis en el duro caso de las represalias y entonces no podreis ni culparnos de las consecuencias que recaerán sobre vosotros.

Marcho con mi ejército para Puebla y Méjico, no os lo oculto; desde estas capitales os volveré á hablar; deseo la paz, la amistad y la union; á vosotros os toca elegir si preferis continuar la guerra; de todos modos, estad seguros que nunca faltará á su palabra el general

WINFIELD SCOTT.

Cuartel general del Ejército. Jalapa, mayo 11 de 1847.

